

Balconeando

Una vez le preguntaron a Gino Palma, hijo del actual presidente del Club Andino de Chile:

--Oye, Gino: ¿qué te parece el esquí?

Gino, que no levantaba del suelo muchos más centímetros que ahora, contestó, en su lenguaje infantil:

--Es muy entretenido: la gente sube, baja y se cae.

En las tardes, alrededor de las cinco, luego que la campana del refugio Lagunillas advierte a los esquiadores que la hora del te ha llegado, no hay nada más gradable que tomar colocación en el ventanal que mira hacia Ojos de Agua, el Portezuelo y Punta Satler. Por allí deben bajar, y por allí bajan pues no hay otra bajada, todos los que después del desayuno o del almuerzo se calzaron los esquís y se largaron a practicar el difícil arte de sostenerse en equilibrio sobre cuatro pales. De a dos, de a tres, de a cinco, de a diez, hombres y mujeres, empiezan a aparecer. Se ve a algunos bajando desde el Portezuelo, empujados por la distancia; otros, que no llegaron más que hasta Ojos de Agua, surgen de pronto frente al ~~maravilloso~~ ventanal, a unos doscientos metros de distancia. Desde allí, hasta el refugio, no hay, para un esquiador de primera categoría, más de un minuto. La cancha es magnífica, de gran declive y se puede recorrer de un solo viaje directo. Pero eso, claro está, es para los de primera categoría. Los de penúltima o última se demoran unos minutos más: un cuarto de hora, media hora, y algunos hay que llegan abajo con los esquís al hombro, prefiriendo lo peripatético a lo mecánico.

Veamos este cinco que empiezan el descenso. ¿Son hombres o mujeres? Imposible adivinarlo desde aquí: todos visten traje de esquí, es decir, pantalones. Sale el primero: se lanza hacia su derecha y, recorridos

unos veinte metros, abre las piernas de tal modo que parece que se va a poner a horcajadas sobre toda la cordillera: es una cuña, pero ¡qué cuña! Da la vuelta deteniéndose y toma el ladro contrario; recorre unos cuarenta metros y cuando creemos que se va a lucir con una cristiana de estilo, he aquí que cae de bruces sobre la nieve, hundiéndose en ella. Gran enredo de brazos, piernas, bastones y palos. Y así avanza, cayendo en cada vuelta y recogiendo, en cada caída, manchones de nieve que poco a poco le mimetizan, convirtiéndolo en algo gris, casi invisible, que se mueve, cae, se levanta, se mueve, cae, etcétera. Y así el segundo, el tercero y el cuarto, todos.

Este cae y parece hundirse y desaparecer; no se ve nada de él; otro, caído, permanece inmóvil. ¿Se habrá tute algo? No; es que descansa. Aquel, que ha tomado gran impulso hacia la izquierda, se encuentra de pronto con que la cancha se le termina y se le viene encima la quebrada. Recurre entonces al último recurso: ¡al suelo! Y este, que viene muy erguido sobre ~~manman~~ sus palos, descubre, cuando más entusiasmado viene, que ante sus pies se ~~im~~ abren los manchones oscuros de la vega que hay frente al refugio. Gran vacilación. ¿Pasará? ¿No pasará? Algunos pasan a trepezones, otros se tiran al suelo y otros, finalmente, renunciando al heroísmo, se sacan los esquís y se ~~man~~ vienen al refugio con un paso ~~manmanmanman~~ digno del ~~manmanmanman~~ Parque Forestal.

Tenía razón Gino Palma: suben, bajan y se caen.

~~Manuel Rojas~~

1939